



Hans Küng: pensar la religión

*H*an pasado 15 años desde que 1.300 personas, emocionadas y puestas en pie, aplaudían la última clase magistral de H. Küng. No menos emocionado que su auditorio, el gran teólogo enfilaba la salida del abarrotado Salón de Actos musitando un apenas perceptible “me gustaría seguir contando con su afecto”. Era el día de su jubilación.

Todo había comenzado 40 años antes con una fascinante tesis doctoral. Llevaba por título **La justificación. Doctrina de Kart Barth y una interpretación católica**.

Küng se atrevió con un tema que, desde los inicios de la Reforma, había dividido a católicos y protestantes. Con coraje y juventud, tendió puentes de diálogo y comprensión. K. Barth dio un simpático visto bueno a la obra calificando a su autor de “israelita sin dolo” y deseándole que viniera sobre él el Espíritu.

En la década de los sesenta suscitaron gran entusiasmo y esperanza obras como **Estructuras de la Iglesia** (1962) y **La Iglesia** (1967). Küng dibujaba el perfil de una Iglesia humilde, fiel al mensaje de Jesús, atenta a las necesidades del mundo y siempre dispuesta a reformarse.

En 1974 vio la luz uno de sus libros más geniales, **Ser cristiano**. Era, sigue siendo, una obra repleta de información histórica y pasión creyente. Küng no partía de fórmulas abstractas. Su punto de arranque era el gran protagonista de la aventura cristiana: Jesús de Nazaret.

Pero el teólogo sabe que tiene siempre una cita con lo último de lo último. San Pablo dice que Cristo es de Dios. Dios es, en efecto, el asunto final de la teología, su noche y su día, su prueba máxima. Küng afrontó este reto en su monumental obra **¿Existe Dios? Respuesta al problema de Dios en nuestro tiempo** (1978). Su respuesta a la pregunta por la existencia de Dios es eminentemente afirmativa. Sin Dios, afirma, el ser humano quedaría sin suelo firme bajo los pies. En el horizonte aparecería el sinsentido. Sinsentido al que ha-

cen frente algunas religiones con la promesa de la resurrección. Küng se atrevió también con este tema en su libro **¿Vida eterna?** (1982).

Pero el final, la resurrección, conduce al origen, a la creación, al comienzo de todo. Es el tema que aborda en **El principio de todas las cosas. Ciencia y religión** (2007). Las últimas páginas constituyen un rotundo “no” a la “nada”, una apuesta por “la otra vida” que, incluso si al final se pierde, habrá ayudado a vivir ésta con más ilusión y esperanza. Sobre sus ilusiones y esperanzas vuelve, en tono personal, casi confidencial, en el libro, **Lo que yo creo** (2011).

Desde que, incomprensiblemente, un 15 de diciembre de 1979, el Papa Juan Pablo II “premió” esta hoja de servicios a la Iglesia retirando a este brillante defensor de la fe cristiana la venia docendi y declarándolo “teólogo no católico”, Küng se adentró en terrenos por los que no suele transitar el teólogo. Nacieron así sus voluminosos estudios sobre las religiones: **El judaísmo** (1991), **El cristianismo** (1994) y **El islam** (2004). Previamente, en 1984, había visto la luz el volumen **El cristianismo y las grandes religiones en el que se sienta al cristianismo a dialogar con el islam, el hinduismo y el budismo**. Küng no olvida que la secularización es un fenómeno casi exclusivamente occidental; en el resto del mundo, las religiones siguen configurando la realidad. Es, pues, necesario contar con su impulso.

Desembocamos, por último, en su más reciente aportación, la dedicada a la ética. H. Küng es fundador y presidente de la Fundación Ética Mundial, con sede en Tubinga y Zurich, pero con representación en numerosos países. Representantes de la educación, la cultura, la religión y la política acuden a esta Fundación en demanda de orientación en valores y compromiso educativo. El sustrato teórico de esta Fundación se encuentra en su libro **Proyecto de una ética mundial** (1990). Su autor está convencido de que, sin un consenso ético básico sobre determinados valores, normas y actitudes, resulta imposible una convivencia humana digna, tanto en pequeñas como en grandes sociedades. Un consenso que sólo es alcanzable mediante el diálogo y el mutuo reconocimiento y aprecio. La ética mundial debe partir de un principio tan básico como antiguo: “Todo ser humano debe recibir un trato humano”.

Dejó escrito Hegel que los grandes hombres no son sólo los grandes inventores, “sino aquellos que cobraron conciencia de lo que era necesario”. A tales hombres pertenece, creo, este gran pensador cristiano, teólogo, filósofo de la religión y hombre de bien, llamado H. Küng.

Manuel Fraijó Nieto

Catedrático de Filosofía de la Religión
y Decano de la Facultad de Filosofía de la UNED, España.